

Reseña:

Peter Singer, *Una izquierda darwiniana. Política, evolución y cooperación*, Barcelona, Crítica, 2000.

En este breve libro, Peter Singer explora la posibilidad de conjugar dos teorías contemporáneas distanciadas: el marxismo y el evolucionismo, en lo que él llama una izquierda darwiniana. La idea eje sobre la que Singer se afirma es la crisis de la izquierda tradicional como cuerpo de pensamiento político – crisis evidente según el autor por la caída del comunismo y el debilitamiento del sindicalismo- que explica en base a una radical incompreensión por parte del marxismo, de las motivaciones y tendencias que animan a los seres humanos. Desde este planteo, la izquierda entonces, necesita encontrar un nuevo paradigma, basado en una interpretación actual de la naturaleza humana, necesita comprender y aceptar que somos seres producto de la evolución. El punto de acercamiento con el evolucionismo actual estaría dado en el reconocimiento que éste hace de la cooperación entre los seres humanos como factor que también juega, junto con la competencia, un papel relevante en la supervivencia de la especie. Desde este lugar, Singer plantea que una izquierda darwiniana es posible y desarrolla cuáles serían los compromisos teóricos que la diferencian de la izquierda tradicional.

El trabajo comienza con una reconstrucción de la posición inicial del marxismo hacia Darwin y presenta algunas hipótesis acerca de por qué la izquierda rechazó tradicionalmente su teoría. El darwinismo inicial, por sus propias limitaciones, se situó más cerca de las concepciones políticas de derecha. La evolución fue un tema clave para los defensores del capitalismo de fines del siglo XIX y comienzos del XX, ya que el concepto de “lucha por la supervivencia” justificaba la existencia del mercado competitivo como natural e inevitable. El darwinismo social de Spencer habría cometido la falacia naturalista al afirmar que la dirección de la evolución es intrínsecamente buena, funcionando así como justificación moral del derecho de los

fuertes sobre los más débiles. Las políticas sociales, desde esta perspectiva, apoyarían la supervivencia y reproducción de los individuos menos aptos, lo que resultaría negativo para el progreso social.

Singer nos recuerda que Marx aceptó inicialmente la teoría de Darwin por su aporte al quiebre de la concepción creacionista y liberación del opio de la religión sobre las masas, pero no dejó de verla como un producto de la sociedad burguesa. El darwinismo inicial sólo resaltaba la competencia como mecanismo evolutivo y no se percataba del papel que la cooperación entre los individuos puede jugar en la supervivencia de la especie, aspecto que sí considera el darwinismo actual. Pero, para Singer, el motivo más importante de ese rechazo radica en la concepción antropológica que subyace al marxismo. Éste se sustenta en la idea de que no existe una naturaleza humana fija, dado que ella consiste en el conjunto de las relaciones sociales, y éstas van cambiando a lo largo de la historia. Es esta maleabilidad la que da la posibilidad de que el hombre construya una sociedad diferente. En tanto maleable, nuestra naturaleza es perfectible. Según Singer, la izquierda rechazó el darwinismo por su negación de la perfectibilidad del hombre. Aceptar esta teoría implicaba que la sociedad comunista, en la que reinaría una igualdad, libertad y cooperación totales jamás sería posible porque los antagonismos entre el hombre y la naturaleza, y los hombres entre sí no desaparecerán nunca, en tanto constituyen el mecanismo evolutivo de la especie. El egoísmo, la competencia y avaricia serían elementos inherentes a nuestra naturaleza biológica, incompatibles con ese modelo de sociedad ideal. La actitud del marxismo entonces, fue mantener el darwinismo fuera del terreno social. Darwin era una explicación sólo aceptable para la historia natural, la historia humana era terreno del materialismo histórico.

Para Singer, la pretendida perfectibilidad humana parece ser solo un sueño teórico que terminó en “pesadillas” históricas. Renunciar a ella implicaría derribar la barrera más importante para la posibilidad de una izquierda darwiniana. ¿Qué concepción antropológica asumiría entonces la izquierda? El marxismo en su interpretación de la historia ha ignorado que a pesar de los cambios en los modos de producción y los consecuentes cambios a nivel de conciencia, existen rasgos específicos de nuestra herencia biológica que se mantienen constantes. Singer se propone fundamentar que nuestra naturaleza no es absolutamente maleable, marcando la

existencia de aspectos relativamente fijos en los seres humanos, que superan las variaciones culturales.

Distingue tres categorías de comportamientos humanos: los que presentan grandes variaciones entre las diferentes culturas – los modos de producción, las prácticas religiosas, las formas de gobierno-, los comportamientos que presentan algunas variaciones – por ejemplo, la moralidad sexual- y los que no presentan variaciones y se dan de forma fija en todas las culturas – por ejemplo, la disposición a generar relaciones de cooperación. Advierte que esta clasificación no tiene connotaciones valorativas, en el sentido de deducir un deber ser del ser, sino que pretende lograr una mejor comprensión de lo que puede implicar para el ser humano cualquier objetivo que se proponga a nivel de diseño institucional y así concebir ideas políticas más acertadas y posibles. Por ejemplo, reconocer que los seres humanos tienen la tendencia a crear jerarquías puede ayudarnos a entender por qué muchas revoluciones que tienen por objetivo la igualdad, han sido traicionadas por sus líderes, creándose privilegios y convirtiéndose en procesos autoritarios. Esto no implica decir que estas tendencias de nuestra naturaleza son buenas o deseables, sino hacer una advertencia acerca de lo que podemos esperar de nosotros mismos. Aunque las desconozcamos, esas tendencias terminan por tener más fuerza e imponerse.

Según Singer, la izquierda o cualquier otra propuesta política debe reconocer el dato de nuestra naturaleza humana y adecuar sus ideales a ella. La moderna economía de mercado constituye para este autor un ejemplo de dicha adecuación o ajuste. Esta toma en cuenta que todos los individuos están movidos por intereses egoístas, por deseos adquisitivos y competitivos, y diseña estructuras para canalizar éstos en aras del bien común. Así, la sociedad competitiva de consumo armoniza nuestra naturaleza con el bien común. Pero el propio interés no necesariamente es económico, puede incluir aspectos más amplios como sentirse querido, ser útil o pertenecer a una comunidad y estos intereses pueden derivar más de cooperar que de competir con otros.

Nuestra naturaleza humana, según el evolucionismo moderno, no es sólo competitiva e individualista, sino también altruista o cooperativa. La cooperación es un rasgo universal de los seres humanos, que se hace presente incluso en las situaciones más adversas, pero es una faceta que habremos de favorecer, creando las condiciones de una sociedad cooperativa.

Según Singer, la izquierda podría tomar los resultados de investigaciones como la de Axelrod sobre las circunstancias que favorecen la cooperación entre los seres humanos, como base para la planificación de una sociedad más cooperativa. Partiendo del dilema del prisionero, Axelrod demuestra que en muchas situaciones la cooperación entre los individuos es la mejor estrategia y el tomar opciones racionales egoístas traería peores resultados para los involucrados. Una izquierda darwiniana debería considerar cuáles son las condiciones necesarias para que exista cooperación y relaciones mutuamente beneficiosas, teniendo en cuenta que no es una actitud incondicional, sino que funciona “devolviendo la moneda” –un individuo coopera si el otro también coopera-; que la cooperación no se da en las situaciones de anonimato que existen en las macrosociedades, ni cuando hay una gran desigualdad en el poder y la riqueza de sus miembros.

De acuerdo con el autor, una sociedad netamente competitiva no será una sociedad que garantice la felicidad de sus miembros. A su vez, reconoce que el libre mercado ha fomentado la prosperidad de los países desarrollados pero ha ensanchado la brecha entre ricos y pobres, y esto también tiene sus costos en inseguridad para los más privilegiados. El darwinismo moderno ha aprendido que permitir la exclusión de los individuos menos aptos, los vuelve un peligro para las propias instituciones. La izquierda darwiniana se esforzará por evitar estas condiciones económicas de exclusión, en tanto atentan contra la constitución de una situación social de cooperación. Por ejemplo, Singer admite que el Estado debe intervenir en el libre mercado promoviendo el empleo o dando subsidios a los excluidos del sistema.

Una izquierda darwiniana se caracterizará entonces por aceptar que existe una naturaleza humana, e intentará conocerla sin hacer juicio de valor sobre ella, sustentando sobre este conocimiento su propuesta política. No confiará en resolver todos los conflictos entre los seres humanos, ni presupondrá que todas las desigualdades se dan por discriminación, prejuicios o condicionamiento social. Una izquierda darwiniana tendrá en cuenta que en las diferentes sociedades existen tendencias tanto competitivas como cooperativas, promoverá las estructuras que promuevan la cooperación sobre la competencia y canalicen esta última hacia objetivos socialmente deseables. Tendrá, por último una visión menos antropocéntrica de nuestro dominio sobre la naturaleza y una mayor cercanía con el resto de los animales.

“Una izquierda darwiniana” es un libro que tiene una doble composición, por un lado es claramente un trabajo de divulgación, donde Singer explica los conceptos más básicos del marxismo y del evolucionismo en un lenguaje sumamente sencillo. Por otra parte, el planteo de las hipótesis sobre los motivos del rechazo que la primer teoría tuvo hacia la segunda es interesante y de mejor nivel que el resto del libro, en el que Singer intenta una propuesta muy ambiciosa: contribuir a forjar un nuevo paradigma antropológico para la izquierda. Frente a la envergadura y complejidad de este objetivo, su elaboración resulta muy superficial y con una sospechosa “claridad transparente”. Bajo la idea de contribuir a una “izquierda realista”, realiza un claro reduccionismo de lo que una propuesta política de izquierda implicaría, restringiéndola a ser aquella que promueve lazos de cooperación entre los individuos de una sociedad, planteo que no difiere en mucho del que hace el liberalismo igualitario. Este trabajo puede resultar una buena aproximación inicial a los vínculos entre antropología, ética y política y nos conecta con la vieja polémica acerca de la bondad o maldad natural del hombre, y su relación con el modelo de sociedad a construir.